

ÍNDICE

Prólogo.....	5
El hombre que halló el dorado	15
La estrella de oriente.....	23
Los malditos y los divinos.....	29
La balada del condotiero.....	39
La casa de las siete chimeneas	45
Desertor	53
El niño de Crècy	61
El triunfo de la muerte	67
El último bandolero de Olvera	75
La sirena del capitán Izazu	85
Los vientos de la vida.....	95
In vino veritas.....	105
Adelantadas del río de la plata	109
La sombra del peregrino	115
La galerna del norte.....	129
El año del odio	135
Lobo de mar.....	145
La maldición del toledano	151
La ley de la frontera.....	181



EL HOMBRE QUE HALLÓ EL DORADO

—¿Dónde... dónde está mi hijo...?

La cámara en la que agonizaba don Sebastián Garcilaso de la Vega, corregidor del Cuzco, se hallaba sumida en suave penumbra. Sentada junto a él, tomándole una mano entre las suyas, estaba su esposa, la hermosa princesa cuzqueña doña Isabel Suárez Yupanqui.

—Ya viene, ya viene... —dijo ella, y, con delicada caricia, pasó los dedos por la mejilla amarillenta y sudorosa de su marido.

El viejo castellano yacía sobre lecho antiguo con fino dosel de seda. En el testero, un Cristo que compartía su agonía, lo velaba. Al otro lado de la ventana, abierta a la sazón para que entrara el aire puro, las calles de la ciudad se veían esfumadas por un sudario de brumas. Las nubes bajas, cenicientas, agarradas a los tejados, daban la sensación de un derrumbamiento de los cielos.

—¡Ay, Isabel!... ¡No quiero morirme sin hablarle por última vez!

—Ya viene, ya viene.

Hubo un tintineo de campanillas monacales. Era el viático para el moribundo. Entraron en la cámara los frailes, portando velas que proyectaban un juego de sombras en las paredes. Doña

Isabel se santiguó devotamente. Don Sebastián se incorporó sobre las almohadas para recibir la comunión. Sus labios agrietados murmuraban las palabras latinas del rezo. ¡Qué rápido se pasaba la vida! En sus ojos vidriosos se reflejaba el trágico y llameante andar de su existencia. Sus pasos sobre la tierra forjaron su carácter como martillazos en el hierro más duro. Había nacido en los albores del siglo en la Extremadura del reino de León, cuna de famosos conquistadores; como ellos, habíase embarcado muy joven en los galeones que cruzaban el océano, para ganar imperios en las Indias en nombre del rey y la Santísima Trinidad. Junto a Hernán Cortés llegó a Méjico, la tierra soñada del oro y de la aventura. Allí participó en duras campañas y sangrientos sucesos, heroicos y viles a la par, hasta clavar los pendones de Castilla en lo alto de las sagradas pirámides mexicas. Después, sin perder ímpetu, se puso al servicio del adelantado Pedro de Alvarado y partió a la conquista de Guatemala, en busca de aumentar su fortuna. ¡Qué años de cruel porfía! Pero ni las privaciones más duras consiguieron amedrentarlo. Don Sebastián se comportó como bueno en todo momento. El espadón de su padre tuvo en sus manos probada eficacia. Lo mismo cortaba ramas para abrirse paso entre la maraña sofocante de la selva, como repartía mandobles y estocadas a los guerreros pintarrajeados que acometían de improviso a las caravanas. En el correr de largas jornadas, había cruzado ríos que desembocaban majestuosos y enlodados, pantanos rebosantes de manglares, bosques plagados de fieras, un mundo hostil donde cada noche al raso significaba un asedio enervante. Algunas veces incluso se alimentó de sapos y culebras. Otras, descubrió que las rabiosas serpientes o los insaciables insectos, con sus mortíferos agujijones, eran enemigos tan peligrosos como los indios. Éstos fueron sus rivales pero también sus aliados. En la fundación del puerto Iztapa, los hombres barbudos, cubiertos de recias armaduras, que conformaban la

hueste del adelantado, se juntaron en grandes celebraciones con los indígenas, quienes, en muestra de amistad, enseñaban sus ropas coloridas y sus ricas artesanías, invitando al trueque. Los frailes los bautizaban, enseñándoles la ley de Dios. Los españoles tomaban a las indias por esposas, formando familias y creando asentamientos que, de un año a otro, se convertían en ciudades.

—Mi hijo... —repitió don Sebastián—. ¿Dónde está mi hijo?

Habíase extinguido ya, en la sombría estancia, el tintineo de las campanillas. Los frailes se habían marchado para dejarle descansar. Isabel le enjugaba con su pañuelo la frente perlada de ese sudor frío y agrio que anuncia la muerte.

—Ya viene, ya viene tu hijo...

El viejo hidalgo entornaba los ojos nublados, recordando...

Las altivas carabelas navegaban por el Mar del Sur, rumbo al Perú. Las velas desplegadas iban vestidas de sol. En el puente de la nave capitana, los hermanos Pizarro discutían la traza de la heráldica que pensaban otorgar al virreinato. Será un escudo en campo azul, con tres coronas de reyes, puestas en triángulo, y encima de ellas, una refulgente estrella de oro. Mas no fue un camino de rosas. Empeñadas guerras flagelaron la región. Guerras contra los caudillos incas así como contiendas civiles entre españoles. Don Sebastián se acordaba bien, a pesar del tiempo transcurrido, de la expedición hacia el Callao y la batalla de Cochabamba, donde derrotó al levantisco Tiso Yupanqui. Por aquellos años de su juventud encendiéronse en él sueños de gloria. Doquier se mencionaba la leyenda de El Dorado, y, como tantos otros, emprendió sin éxito su búsqueda. Muchos decían conocer su paradero, mas todo era vano oropel de comedia.

—Isabel... Isabel...

—Acá estoy, esposo mío. Acá estoy.

Por un instante se iluminó el rostro apergaminado del viejo hidalgo.

—Sabed, Isabel del alma mía, que no he encontrado joya más valiosa en esta tierra que vos, ni dejo en este mundo prenda de mayor cuantía que nuestro buen hijo —y alzaba la mano erráticamente, tratando de palpar el rostro de su esposa—. Mi hijo... Mi hijo... ¿Cuándo vendrá?

—Ha de estar a punto de llegar, esposo mío.

La voz de su amada Isabel tenía el poder taumatúrgico del consuelo. Su bella princesa, la mujer que salvó su alma cuando estaba a punto de echarla a todos los diablos. Fue en aquellos tiempos en los que la selva hervía con la barbarie de la guerra, y los caminos nuevos, ganados palmo a palmo, estaban sembrados de negros cadáveres. Los castellanos tomaban aldeas a sangre y fuego, con la impetuosa violencia de los asaltos nocturnos. Otras veces defendían desesperadamente sus precarios fuertes, y morían besando sus escapularios, con el cuerpo acribillado a flechazos. Asimismo se acuchillaban entre sí, por codicia y envidia, con la brutalidad más desenfrenada del pillaje, en medio de furiosas cabalgadas a medianoche, sobre las grupas de corceles bañados en sangre desde las crines hasta los cascos, a los que la luz de la luna confería un halo fantasmal.

Al cabo, ya conseguida la jineta de capitán, don Sebastián entró con su tropa en Cuzco, ciudad reconquistada tras la rebelión de Manco Inca. Allí conoció a Isabel, llamada por aquel entonces Chimpu Ocllo. Era hija de Túpac Hualpa, cacique aliado de los españoles, el cual, muy astuto, enseguida captó el hechizo que la princesa ejercía sobre don Sebastián y se la ofreció en matrimonio. En la fiesta de boda, don Sebastián vio bailar a la princesa como no había visto bailar jamás a ser viviente. El cuerpo femenino celebraba su amor con vibrantes contoneos de luz y pasión. Ella

se entregaba, le pedía que fuese suyo, y don Sebastián, transportado y dichoso, quedó prendado como Herodes de Salomé. Meses después, firmando un pacto de razas y estirpes, nació su hijo, un niño mestizo que fue bautizado con el nombre de Gómez Suárez de Figueroa. Entonces la flor del amor familiar se abrió en alegres pétalos. La princesa abrazó la fe católica y aprendió el castellano, así como enseñó a su marido e hijo el fino idioma ancestral del país. Por su parte, don Sebastián colgó la espada, pues habíanse desvanecido sus sueños dorados y veleidades conquistadoras. Ya sólo quería vivir en paz al lado de los suyos. Lo consiguió durante algunos años. Sin embargo, tiempo después, las odiosas guerras civiles volvieron a agitar el Perú, y él, negándose a participar, se vio forzado a abandonar Cuzco y a echarse a los caminos con su familia. Los días de opulencia dieron paso a los de miseria, y el Diablo, que siempre se aprovecha de esto, sembró la discordia en el seno del matrimonio. Gastado ya todo su dinero, y sin haber podido fundar casa y mayorazgo, una profunda zozobra agitó el alma del antiguo capitán. Sueños de gloria volvieron a prender las estopas. En su interior se encendió otra vez la lámpara de la ambición. No podía soportar el destierro, ni ver su honra arrastrada por el fango, pisoteada, cubierta de infamia. Resolvió entonces recuperar, a golpe de espada, la fortuna y el renombre que había perdido. El Dorado... Otra vez se insinuaba en el horizonte el espejismo de El Dorado, esa tierra inédita en la que un príncipe, totalmente de oro vestido, ofrecía cada mañana a sus dioses una montaña de riquezas... Egoístamente repudió a Isabel, y ella, que había puesto en su esposo una fe ciega y pura, sintió romperse en pedazos su corazón. Pero la peor parte se la llevó el niño, que tenía entonces diez años y sufrió en lo más hondo el abandono de su padre.

—Gracias, Isabel... —murmuró el hidalgo con voz trémula—.

Gracias, bien mío, por acompañarme en estas últimas horas... Tu perdón es el milagro que me redime... Pero falta mi hijo... ¿Dónde está mi hijo?

—Ya viene. Ya vie...

La voz de Isabel se cortó. Llegaba un sonido de voces amortiguadas y pasos acercándose por el corredor. De pronto, la puerta de cuarterones se abrió y entró un mancebo como de veinte años, moreno y bien parecido, elegante, con gorra emplumada y capa corta sobre la ropilla color avellana.

—¡Padre! —dijo quitándose la gorra—. Ya estoy aquí, padre.

En el rostro del moribundo se abrió la claridad de una alegría y un consuelo inefables.

—Al fin has venido, carísimo hijo mío. Acércate...

El joven saludó a su madre con un beso en la mejilla y luego se colocó junto al lecho. Su padre le tendía una mano, al mismo tiempo que una lágrima resbalaba lenta por su mejilla.

—Mi hora ha llegado... —empezó a decir don Sebastián, fijando sus ojos vidriosos en los de su hijo—. Todo lo que ambicioné en esta vida se desvanece como polvo echado al viento... Me cercan las sombras, pero mi alma se ilumina al verte... Ya tengo el juicio claro, y me marcho de este mundo con el pensamiento más puesto en la tierra que en el cielo...

—No digáis eso, padre, que es ofender a Dios.

—Deja que me explique, hijo. Por eso quería que vinieras... ¡Qué hermosa claridad siento!... Sé que hemos estado mucho tiempo separados por mi culpa. Y temía que el arrepentimiento llegara demasiado tarde, pero aquí estáis... Aquí estáis los dos conmigo en este último trance... Has de saber, hijo mío, que he leído todo lo que has escrito... Y un gran orgullo ha dilatado mi pecho...

Veo en ti un poeta de gran aliento...

—No os canséis ahora con eso, padre.

—Sí, sí, es menester decirlo... —interrumpió don Sebastián—. Durante años estuve cegado por el brillo de El Dorado, sin saber que lo tenía delante, que yo mismo lo había engendrado... Tú eres El Dorado, hijo mío, desde el día que uní mi sangre con la de tu madre y dos mundos se unieron... ¡Qué podría ser El Dorado, sino ese gran legado que dejo en la tierra!...

—Padre...

—¡No llores, no llores!... Ayer temía a la muerte y hoy la recibo con agrado, porque al fin entiendo las lecciones de la divina Providencia... Sigue escribiendo, hijo querido, sigue honrando la lengua de tus antepasados castellanos así como la de tus parientes incas... En tus venas corre lo mejor de ambos pueblos... Tú eres El Dorado... —Alzó una mano, pero enseguida la dejó caer desfallecida sobre la sábana—. Esto es hecho, amores míos... Muero en paz con vuestra bendición...

No pudo más. Sus ojos se apagaron, su cabeza se hundió en las almohadas y de sus labios lívidos salió un hondo suspiro. Al día siguiente, las campanas de Cuzco se levantaron tocando a muerto, y los frailes del convento celebraron misa por el alma del difunto corregidor don Sebastián Garcilaso de la Vega.

Años después, el joven poeta Gómez Suárez de Figueroa, adoptando el nombre de Inca Garcilaso de la Vega en honor al padre que había perdonado, se convirtió en el primer gran autor mestizo de América, triunfal emblema de la unión de culturas, esa unión que brilló en las artes y las letras con más intensidad que los tejados de oro que coronaban la ciudad soñada de El Dorado.

Héctor J. Castro. Diciembre 2021